

Tercer aniversario

JULIÁN SANTAMARÍA*

LA VANGUARDIA, 1.11.09

Se cumplen ahora tres años desde las últimas elecciones autonómicas. En ese tiempo las cosas han cambiado mucho en España y en Catalunya como consecuencia, sobre todo, pero no sólo, de la crisis económica y del crecimiento del paro. Es verdad que en Catalunya no llega el pesimismo a tanto e incluso más de la mitad de los catalanes parecen convencidos de estar mejor preparados que los demás para salir adelante, pero las cifras hablan por sí solas. Siete de cada diez consultados valoran negativamente la situación económica y seis de cada diez la política. Como es lógico, sea o no razonable, los electores responsabilizan de ello a sus gobernantes.

De hecho, la preocupación por el paro alcanza tales dimensiones que, a su lado, palidece la importancia atribuida a otros problemas, como la vivienda, la inseguridad ciudadana o la inmigración, que en años anteriores preocupaban a una franja de ciudadanos mucho más amplia. Eso no supone que estos otros problemas hayan dejado de preocupar. Algunos de ellos, como la inseguridad, el autogobierno o la corrupción incluso han aumentado de peso en términos absolutos, pero por comparación con el desempleo parecerían cuestiones menores.

Es comprensible que ante las dimensiones de ese fenómeno y la percepción que del mismo tienen los ciudadanos, el Govern no salga bien parado. Su gestión de conjunto es censurada casi por la mitad de los

catalanes, frente a una tercera parte que la valora positivamente. También son más los que no se muestran de acuerdo con algunas decisiones concretas, como la Ley de Educación. Esa censura está distribuida de manera muy similar entre todos los entrevistados, con independencia de sus sentimientos identitarios, aunque, por supuesto, cobra mayor fuerza entre los votantes de CiU y PP.

Esos indicadores sugieren que el Gobierno desgasta, especialmente, en situaciones como ésta. Pero el desgaste del Govern muestra algunos signos más serios que afectan también a su president. Cuando se pregunta qué partido podría resolver mejor los problemas que más preocupan a los catalanes, con el desempleo a la cabeza, y otros diez más, las respuestas son muy favorables a CiU. De hecho, sólo se considera más competente al Partit dels Socialistes en ámbitos como la lucha contra el terrorismo, la sanidad y la vivienda, tres cuestiones en las que, además, las distancias con respecto a CiU son muy pequeñas por comparación con las que separan a Convergència i Unió del PSC en casi todas las demás materias.

La comparación entre los líderes políticos opera de manera parecida. La gestión de Montilla obtiene una valoración muy superior a la de su Gobierno, sobre todo entre los votantes del PSC e ICV. Pero Artur Mas consigue una mejor valoración que Montilla. Y son más los consultados que confían en él para liderar la salida de la crisis y los que lo prefieren para presidir el Govern de Catalunya. Esto último no ha cambiado gran cosa desde 2006, pero las diferencias se han ensanchado. El sentimiento de identidad apenas afecta en este punto, pero sí el voto que revela la peculiaridad del electorado de Esquerra que, pese a la participación de este partido en el Govern durante las últimas legislaturas, se divide a

partes casi iguales, con una ligera ventaja de aquellos que prefieren a Artur Mas al frente de la Generalitat.

Estamos a un año de las elecciones y en el que pueden suceder muchas cosas, entre ellas la publicación de la sentencia del Tribunal Constitucional sobre el Estatut. Pero a día de hoy y a la vista de los datos que presentamos en este sondeo, se tiene la sensación de que el mapa electoral de Catalunya se está moviendo, desviándose de las pautas que lo rehicieron en estos primeros años del siglo XXI.

De un lado, sólo una tercera parte de los catalanes piensa que sería buena una nueva reedición del tripartito, mientras que siete de cada diez considera, con mayor o menor intensidad, que en Catalunya es necesario un cambio político. De otro lado, las preferencias de voto expresadas por los ciudadanos parecen confirmar este punto, en congruencia con lo que señalan el resto de indicadores que hemos visto.

CiU, por ejemplo, avanza a expensas de los partidos que integran el tripartito y se despega del PSC, que pierde apoyos aunque no de forma dramática. Proporcionalmente, sin embargo, son mucho mayores las pérdidas de ERC. Eso sí, el ascenso de CiU se basa en dos pilares. La elevadísima lealtad de sus antiguos votantes y la atracción que ejerce sobre una parte significativa de los electores del PSC, Esquerra, el PP e incluso ICV. En el caso de ERC puede afirmarse que este partido se desangra electoralmente. Con una tasa de fidelidad de su antiguo electorado inferior al 60%, Esquerra cede abundantes votos al PSC, CiU y Reagrupament, en caso, claro está, de que esta última formación acuda a las urnas (y que si tuviera éxito en Barcelona lograría tres escaños).

El mapa electoral está muy abierto, pero lo que hoy indica es una tendencia clara a la recomposición de un sistema de partidos más parecido al de los años 90. Nada hace prever en estos momentos que CiU llegue a la mayoría absoluta como en sus mejores tiempos, pero sí parece perfectamente verosímil que, si la situación no cambia, Artur Mas pueda estar en condiciones de elegir a su socio en el Govern. Es más: si su avance continúa como lo viene haciendo estos últimos años, tal vez pudiera incluso gobernar en minoría con el apoyo parlamentario de algún partido, algo más complicado a la luz de la experiencia histórica.

*JULIÁN SANTAMARÍA OSSORIO, catedrático de Ciencia Política de la UCM y presidente del Instituto Noxa Consulting